

IN MEMORIAM



Ernesto Pollitt (1938-2016)

Hay momentos en que las paradojas que enfrentamos quienes nos dedicamos a la investigación se sienten con más fuerza, como cuando fallece alguien que no solamente ha dejado honda huella en el campo profesional, sino también en el personal; por ejemplo, Ernesto Pollitt. Quienes nos hacemos los que pertenecemos a esa cosa denominada a veces *academia* nos esforzamos por cultivar un lenguaje frío y aséptico, riguroso y desencarnado; eso sirve muy bien para hablar de matemáticas, para referirnos a los «sujetos participantes» –cuyos nombres no se debe mencionar– y para describir ecuaciones estructurales, suerte de pinzas con las que evitamos tocar la realidad. En cambio, qué áspero nos resulta ese mismo lenguaje cuando nos toca hablar de un ser con nombre y apellido, cuya obra y personalidad no solo han hecho que el campo sea lo que es hoy, sino que nos han hecho a varios ser lo que somos hoy.

Es que para hablar de Ernesto no es suficiente con rellenar páginas de datos fríos y objetivos, como que nació en Lima en 1938, y murió en la misma ciudad, en el 2016; que fue miembro de la primera promoción de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP); que trabajó para la Unesco, la Unicef, la OMS, el Banco Mundial o la Organización Panamericana de la Salud; que trabajó en centros de enseñanza e investigación tan prestigiosos como el MIT, Yale, Johns Hopkins, Rice, la Universidad de Texas o UC Davis; que ganó premios internacionales por sus aportes como investigador, como el premio en Nutrición de la American Academy of Pediatrics, en 1999, o ese mismo año, el premio Kellogg, de la American Society for Nutrition en investigación internacional en nutrición; el Prince Mahidol Award, en el año 2000 o el premio nacional de nutrición de la Sociedad Peruana de Nutrición, en el 2007; o como que fue profesor visitante u honorario en la Universidad de Londres, en la PUCP o en la Universidad Ricardo Palma. Todo eso está muy bien, porque es cierto, pero no es suficiente.

Así que, con el perdón del lenguaje de la academia –y la venia del editor de esta revista–, voy a rellenar las páginas con otro tipo de datos, aquellos que no suelen gustar a los revisores *hiperin-*

dizados y jotaceerrizados por ser susceptibles de llevar carga subjetiva o por estar escritos con un lenguaje involucrado y demasiado personal.

Conocí a Ernesto cuando estaba en plan de terminar la carrera de Educación en la PUCP, en el año 2004. Por esas cosas de la vida, terminé involucrado en su último proyecto editorial de largo aliento, publicado póstumamente: *¿Error o fraude? Engaños y equivocaciones en la investigación psicobiológica infantil* (Pollitt, 2016). Este libro suyo constituye –a mi juicio– una valiosa lección magistral sobre investigación, sobre ética, y sobre la relación entre políticas públicas y evidencia. No me detendré en su contenido porque ya gente mejor que yo lo ha reseñado con bien (Caycho-Rodríguez, 2016b; Cueto, 2016). Si ahora lo menciono es porque me da pie a comentar –en primera persona, pues fui afortunado testigo del proceso de su redacción– ciertas facetas de Ernesto de las que dije que quería hablar.

Aún guardo en mi disco duro los borradores sucesivos de algunos de los capítulos que finalmente vieron la luz, y que dan fe de cómo Ernesto no solo era cuidadoso para escribir, sino que era casi obsesivamente riguroso. No quedaba satisfecho hasta que no fueran disipadas todas las dudas respecto a la claridad de lo que quería comunicar, y hasta que hubiera revisado que todas sus afirmaciones estuvieran debidamente sustentadas. No era raro que reescribiera por completo un capítulo –variando incluso totalmente su estructura o su hilo conductor– si veía que aún quedaba uno que otro cabo suelto, imperceptible, quizá, para el ojo común, pero inadmisibles para sus estándares personales.

Ese rigor se mezclaba con una contundente honestidad intelectual. Escribió el libro movido por la necesidad de llevar a cabo una reflexión ética y epistemológica. Sin embargo, en la era del culto a la personalidad y de los gurús, en la época en que la reputación es un capital tan cuidado, Ernesto no tuvo miedo en empezar dicha reflexión en primera persona, desde su experiencia directa o indirecta con los hechos, a partir de sus propias vivencias. De hecho, para reflexionar sobre lo que se propuso, decidió dejar traslucir sus dudas, sus zozobras, sus inseguridades y hasta sus errores. Para hacer algo así hay que ser humilde y generoso. Y Ernesto lo era.

Suele ser un tópico que la academia es, con frecuencia, un mundo de mezquindades, de envidias y de egos gigantescos; seguramente lo es, como cualquier otro campo de desempeño en el que hay seres humanos. El mismo Ernesto me contó alguna vez cómo fue víctima de estos males en una muy prestigiosa institución en la que trabajó. Sin embargo, eso no menguó su bonhomía ni su generosidad. Con frecuencia ofrecía consejos y recomendaciones de investigación a quienes se acercaban a él, así como proponía ideas para estudios de postgrado o para ayudarlo a uno a definir el perfil profesional. No era raro que prestara libros de su propia biblioteca; hasta llegó a prestarme el célebre *The Great Betrayal* (Judson, 2004), que precisamente utilizaba en aquel tiempo para preparar *¿Error o fraude?*

En varios casos su generosidad y sentido pedagógico lo llevaban a convertirse en una suerte de patrocinador de jóvenes científicos. En cuanto a mí, cuando se enteró de que me hallaba en trance de preparar mi tesis de licenciatura, poco a poco, a fuerza de consejos y desasnamientos, terminó convirtiéndose en mi asesor en las sombras, proceso gracias al cual gané la serenidad necesaria para completar mi investigación. En esa fase no solo aprendí muchísimo, al punto que puedo decir

que fue él quien me enseñó a investigar, sino que su participación terminó por definir –en ese momento no me daba cuenta– mi perfil profesional: sería investigador. Públicamente reconozco esa deuda de mentoría e inspiración con él, como han hecho otros también en tiempos recientes (véase, por ejemplo, Caycho-Rodríguez, 2016a; Cueto, 2016).

Él enseñó a muchos a investigar, pero también, todo lo que implica ser un científico, y no únicamente con su propio testimonio –como quedó plasmado en ¿Error o fraude?– sino incluso con su vida. El proyecto de investigación que llevó a cabo en Pemba (África) –relatado en el libro– le cobró un precio muy alto. La picadura de un mosquito durante el trabajo de campo allí desencadenó en él una rara forma de polio, que redujo progresiva, intermitente pero gravemente su movilidad de ahí en adelante. Cuando lo conocí, aceptaba las limitaciones con optimismo y con una sonrisa, como parte de la vida y del trabajo.

Su generosidad se hacía evidente, también, en que, a pesar de que no vivía en el Perú, no se olvidaba de su país. Cada tanto, hacía una síntesis de sus investigaciones –publicadas casi todas en inglés– y las publicaba en castellano, en revistas de instituciones que él quería mucho, en particular, de la PUCP (Pollitt, 1999; Pollitt, 2002).

Quienes pudimos disfrutar de su compañía, aprendimos –y disfrutamos en sus conversaciones– sus andares de científico omnívoro. En su conversación y en sus trabajos, por más asépticos y descarnados que fueran, no solo había citas de expertos en el campo psicobiológico, sino también de Amartya Sen, de Gustavo Gutiérrez, de Sebastián Salazar Bondy, de Paulo Freire. De hecho, su interés por casi cualquier manifestación artística, humana o incluso espiritual era notable. Recuerdo haber ido en una ocasión a su casa, y encontrar, al lado del televisor, un ejemplar en DVD de *The Passion of the Christ* (Gibson, 2004), aquel filme expresionista tan discutido durante los primeros años de la década del 2000. Me explicó que sí, que la película era suya y no se le había olvidado a ningún visitante. Yo, que conocía de su agnosticismo, me sorprendí del entusiasmo con el que me habló del filme; él, por su parte –y con su sencillez acostumbrada–, se sorprendió de que yo me sorprendiera.

Escribo estas líneas mientras el Perú atraviesa un duro contexto de precariedad moral, tanto en las instituciones como en las personas llamadas a representarlas y dirigir las. Lamentablemente es también el perfil de lo que ocurre, en general, en América Latina. En medio de una crisis como esta, la talla moral y profesional de personas como Ernesto brillan más todavía. Que sirva este pequeño espacio para recordarlo, y proponer su figura como un ejemplo para las futuras generaciones de científicos. La anhelada alianza entre ciencia y políticas públicas sonará más humana, más real, más atractiva, cuando del lado de la ciencia –y del de la política, por qué no– haya alguien como Ernesto Pollitt.

Referencias

- Caycho-Rodríguez, T. (2016a). In Memoriam [sic]: Recordando a Ernesto Pollitt Burga (1938-2016). *Propósitos y Representaciones*, 4(1). doi:10.20511/pyr2016.v4n1.94
- Caycho-Rodríguez, T. (2016b). Notas sobre ¿Error o fraude?: libro póstumo de Ernesto Pollitt. *Propósitos y Representaciones*, 4(2). doi:10.20511/pyr2016.v4n2.126

- Cueto, S. (2016). [Pollitt, E. (2016). ¿Error o fraude? Engaños y equivocaciones en la investigación psicobiológica infantil.]. *Revista de Psicología [de la Pontificia Universidad Católica del Perú]*, 34(2), 501-503.
- Davey, B. M. Gibson, & McEveety, S. (Producers) & Gibson, M. (Director). (2004). *The Passion of the Christ*. United States: Icon Productions/Newmarket Films.
- Judson, H. F. (2004). *The Great Betrayal: Fraud In Science*. Orlando: Harcourt.
- Pollitt, E. (1999). El desarrollo humano como proceso probabilístico: lecciones de treinta años de estudios sobre el desarrollo infantil en el tercer mundo. *Revista de Psicología [de la Pontificia Universidad Católica del Perú]*, XVII(1), 4-19.
- Pollitt, E. (2002). *Consecuencias de la desnutrición en el escolar peruano*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Pollitt, E. (2016). ¿Error o fraude? Engaños y equivocaciones en la investigación psicobiológica infantil. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Enrique G. Gordillo Cisneros
Universidad Católica San Pablo, Arequipa, Perú